

esta última parte de nuestra historia y la destrucción de sistemas agrarios y suelos de calidad. Es lástima, no obstante que en diferentes partes del estudio se remita a un anexo de mapas municipales que luego no se ha incorporado en realidad (y que quizás sí figuraba en otro con el que se conecta este estudio, coordinado por el propio Naredo y García-Zaldívar). Pese a esta carencia, el estudio resulta muy esclarecedor acerca de la voracidad en cuanto al consumo de suelo agrícola (con diferentes niveles en relación a los tipos de suelo, que el autor pondera muy bien, por parte de un urbanismo incontenible, pero también, respecto de la desorganización de los sistemas agrarios preexistentes y el abandono de cultivos y aprovechamientos que se fueron transformando en eriales improductivos (es importante la categoría de «suelo no ocupado», que sería la antesala del suelo en promoción). El artículo posee además una vertiente metodológica a resaltar, ofreciéndose como un valioso modelo a aplicar para el estudio de dinámicas parecidas a la sobrevenida en la Comunidad de Madrid.

RAFAEL SERRANO GARCÍA

Instituto de Historia Simancas (Universidad de Valladolid)

DIVERSOS AUTORES, *Història agrària dels Països Catalans. Volum I. Antiguitat*. Director: Emili Giralt i Raventós. Coordinador: Josep M. Salrach. Coordinador del volumen: Josep Guitart i Duran. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2005. 585 págs.

Este libro explica el origen de realidades históricas que han permanecido vivas durante muchos siglos en los países de lengua y cultura catalanas. Se hace difícil entender el mundo agrario catalán (término que usaré en adelante para no verme obligado a decir una y otra vez catalán, mallorquín, valenciano y rosellonés) sin conocer cómo se forjó en el largo período que va del Neolítico al siglo VII de NE (nuestra era). Sin olvidarnos tampoco de períodos todavía más lejanos.

Todo lo que sucedió en el campo catalán, hasta el siglo XVIII, está no sólo en germen, sino en avanzado estado de configuración durante el período al que me he referido. La Cataluña estricta ha sido un país eminentemente agrícola hasta la revolución industrial. Y otras regiones de las que se ocupa el libro hasta mucho más tarde. Por otra parte, el mundo agrario, que en sus aspectos fundamentales se configuró en los siglos estudiados en este volumen, no experimentó transformaciones técnicas importantes hasta el XVIII. Esta pervivencia ha sido, si cabe, más intensa todavía en Valencia, Mallorca y el Rosellón que en el Principado.

Por numerosos que hayan sido los cambios a lo largo de las centurias, no cabe duda que el agro ha sido muy estable, tanto desde el punto de vista social y de las técnicas, como del sistema económico por el que se ha regido. Por ello, conocer cómo se forjó y cuáles fueron los fundamentos que sustentaron la columna vertebral del país en este tiempo largo es algo que al historiador de todos los períodos del pasado sin distinción debe interesarle. En este sentido, el presente volumen constituye un instrumento precioso que la comunidad científica, y su lectura debería ser obligatoria para quienes han decidido adentrarse en el estudio del mundo agrario. El conocimiento de la antigüedad les evitaría muchas veces presentar como novedad realidades anteriores.

El libro comienza, siguiendo los cánones más tradicionales de la mejor historiografía contemporánea a partir de los años sesenta (recuérdese, a título de ejemplo, la monumental obra de Pierre Vilar sobre Cataluña en la España moderna), con una descripción objetiva del marco geográfico en el que se desarrollará el mundo agrario catalán. Josep Maria Panareda describe de manera sintética las condiciones climáticas, edafológicas, morfológicas y topográficas de los distintos escenarios agrarios analizados en el libro. El lector puede legítimamente preguntarse si esta aséptica introducción no sería también válida si se estudiasen, por ejemplo, el trazado viario del país, el poblamiento u otros aspectos históricos, aunque es justo reconocer que en el caso que nos ocupa dicha introducción resulta más justificada que en otros estudios.

Mayor novedad ofrece el capítulo de Maria del Tura Bolós sobre el paisaje rural. A destacar el alto interés que posee haber intentado, pienso que por primera vez, establecer un análisis diacrónico sobre la evolución experimentada por el paisaje catalán a lo largo de los siglos, a partir de los resultados de los análisis polínicos, y haber establecido, para cada período histórico, cómo se utilizó y para qué el suelo catalán. El Neolítico, la romanización, el modelo medieval del paisaje, el cambio que éste experimentó entre el siglo XVII y la actualidad son los grandes apartados de esta parte del libro. El breve apartado sobre los principales paisajes rurales actuales con que Bolós finaliza su trabajo no debe ser interpretado en otra forma que como una invitación a que se profundice en esta problemática. La contribución de Bolós es un ensayo sugerente y novedoso.

A partir de aquí, cuando nos adentramos en la parte propiamente histórica, la lectura se hace, para un historiador de formación medievalista, pero atento a lo que ha sucedido en todas las épocas del pasado, literalmente apasionante.

Ya de entrada, Miquel Molist nos habla de cómo nuestros antepasados pasaron, a lo largo de un proceso perfectamente analizado, de un sistema de vida sustentado en la caza y la recolección a otro basado en la agricultura y la ganadería. Comenzaba entonces, cinco mil años ANE (antes de nuestra era), algo que ha sido substancial en la historia del país. Molist analiza lo que aporta cada fase del Neolítico a este proceso de consolidación agraria, de asentamiento de la población y de mejora del instrumental, sobre todo a partir de la aparición de la metalurgia.

En un nuevo apartado del libro surgen los productos agrícolas (cereales y leguminosas) llegados del Próximo Oriente y que hallaron acogida en el campo catalán unos cinco mil años ANE. El lector podrá seguir en esta parte de la obra análisis rigurosos, hasta donde lo permiten la arqueología y la arqueobotánica, de los productos agrícolas, las técnicas y el instrumental. A destacar la aparición de la hoz, de piedra primero y de metal después, que marcó el inicio lejano de un utensilio de permanente utilidad a lo largo de los siglos y cargado de simbolismo político en épocas más recientes.

Un proceso formativo semejante experimentó la ganadería, que para esta época cuenta con un campo propio de estudio, la arqueozología. Sus expertos han identificado las primeras especies domésticas (bovinos, equinos, porcinos, ovicaprinos). Las prácticas ganaderas se consolidaron, según Molist, entre el 3.400 y el 2.200 ANE, y se intensificaron a partir del segundo milenio, en plena Edad del Bronce.

Elena Grau y Enriqueta Pons son las responsables de presentarnos los cambios que se produjeron durante el milenio (ANE), y que cambiaron la calidad de vida de nuestros antepasados. La generalización del uso del bronce y muy pronto, a partir del 700 ANE, del hierro favoreció el utillaje agrícola, al mismo tiempo que se introducía el torno para la elaboración de recipientes cerámicos. Las autoras sintetizan la aportación de este milenio al mundo agrario diciendo que entonces se produjo el paso de una agricultura de subsistencia a una más intensiva vinculada a la aparición de las primeras formas de vida urbana. La producción de cereales se intensificó y consolidó como base de la subsistencia colectiva, y a ella se sumó una mayor extensión del cultivo de leguminosas y frutales, entre los cuales especialmente la vid, el olivo, la higuera y el granado.

Estos progresos cristalizaron durante el período ibérico (500-50 ANE), cuando la tierra empezó a ser verdaderamente dominada por los agricultores, que la nivelaban y aireaban abriendo surcos en ella. La siembra y la recolección se periodizan entonces, según las estaciones del año, y los

rendimientos mejoran. La rotación de cultivos, el barbecho, el abono y el regadío son prácticas que los íberos legaron a la posteridad. También mejoraron el hilado y tejido con fibras vegetales. El lino y el esparto se convierten en habituales y su uso se perfecciona.

El capítulo que Grau y Pons dedican a la ganadería confirma el progreso de la humanidad en aquel milenio. Y lo mismo puede afirmarse del que dedican a presentar cómo se alimentaban los íberos. Mención especial merecen los apartados, breves pero sugerentes, en los cuales las autoras explican las bases de las dietas vegetariana y cárnica.

La indudable importancia de la romanización ha contribuido a generalizar la idea de que nuestra historia, también la agraria, se inició con la llegada de Escipión a Ampurias el 218 ANE. Si bien es evidente que en muchos aspectos ha sido así, no cabe tampoco ninguna duda de que, en la temática que nos ocupa, los romanos encontraron el terreno bien trillado. El hecho de que numerosos fenómenos agrarios hayan gozado, a la hora de investigarlos, de descripciones literarias, como explica con mimo y de forma detallada Marta Prevosti en un capítulo general sobre la agricultura en el mundo romano, ha podido inducir a pensar que todo empezó con Roma y que lo sucedido con anterioridad carece de importancia. No obstante, este libro constituye un documento notarial incontestable de que la historia agraria empezó en la Prehistoria.

Leyendo los excelentes capítulos de Prevosti sobre el mundo agrario catalán en época romana, un medievalista se ve forzado a pensar y sugerir que se atrase no menos de cinco o seis siglos el arranque de aquello que comúnmente se afirma en relación al inicio de la Edad Media. Leyendo a Prevosti y conociendo algo del mundo agrario medieval catalán es legítimo afirmar, aunque pueda parecer una exageración o una provocación, que la historia agraria romana es ya, en muchos aspectos, una historia medieval. Si esta afirmación resulta para algunos poco precisa e incluso poco rigurosa, si les escandaliza, lo menos que deberán reconocer es que el mundo agrario catalán no puede entenderse sin analizar lo que sucedió en él durante los siete siglos de permanencia de la Península Ibérica dentro del mundo romano.

Siguiendo a Prevosti, debemos destacar, entre las aportaciones más definitivas para el futuro que nos legó este largo período, el sólido trazado viario; un sistema de riego y de aprovechamiento hidráulico que, entre otros aspectos, impulsó la construcción de acueductos, las primeras obras públicas de alcance promovidas por la Administración, y una buena organización comercial, que internacionalizó, más que en siglos anteriores, e

incluso que en algunos posteriores, la presencia catalana (en el sentido, claro está, de los primitivos habitantes de las tierras que aquí llamamos catalanas) en el Mediterráneo.

Cabe afirmar también que los romanos mejoraron otros aspectos del panorama agrícola: los árboles frutales, el tratamiento de las semillas, el uso más «científico» de los abonos, los injertos y el cultivo de la vid, aspecto éste al que Prevosti dedica un capítulo especial.

Pero lo más innovador de la cultura romana para Prevosti no reside en las técnicas, los cultivos y las infraestructuras, sino en la organización política y legal del conjunto de la sociedad, lo que supuso una vastísima labor legislativa sobre la cual se asentó un minucioso orden agrario. Esta organización legal implicó una nueva morfología del territorio, es decir, una transformación del paisaje sin precedentes, de la que fueron agentes substanciales la cuadriculación del espacio (centuriaciones) con el consiguiente amojonamiento de los campos, el trazado de la red viaria, las obras de drenaje y la irrigación a mucha mayor escala que en la época anterior.

Nadie podrá dejar de constatar la atracción que siente Marta Prevosti por lo que podríamos denominar «el campo dentro del sistema de ciudad». En el mundo romano, la ciudad es tanto el núcleo urbano como el *territorium*, organizado para la vida en común de un grupo humano que se autogobierna, y dónde el espacio agrario representa la base económica. En él las villas devienen centros de explotaciones agrarias dedicadas a la producción de excedentes para el mercado. El núcleo urbano era el centro administrativo y político, pero la gente vivía en su gran mayoría en el campo.

A este concepto de ciudad, y para el caso de *Tarraco*, Prevosti, junto con Josep Guitart, ha dirigido en los últimos años un impresionante trabajo colectivo concretado en el gran proyecto denominado *Ager Tarraconensis*. Hasta el momento, han aparecido ya dos de los seis volúmenes que los arqueólogos del Institut Català d'Arqueologia Clàssica, responsables del proyecto, prevén ofrecer a la comunidad científica. Me refiero a Josep Guitart y Marta Prevosti (dirs.), *Ager Tarraconensis. Aspectes històrics i marc natural*, Tarragona, 2010, y Diana Gorostidi Pi, *Ager Tarraconensis. Les inscripcions romanes*, Tarragona, 2010.

Este interés de Prevosti por el mundo urbano, si bien referido sobre todo a su proyección rural, se pone de manifiesto en las pequeñas monografías que destina a presentar lo que fueron, entre otras, las ciudades de *Tarraco*, *Emporion*, *Rhode*, *Gerunda*, *Iluro*, *Baetulo*, *Sigarra*, *Iesso*, *Ilerda*, *Aeso*, *Valentia*,

*Sanguntum*, *Dianium* o *Illici*, y, ya en época de Augusto, la misma *Barcino*, amén de otros núcleos menores.

Si tenemos en cuenta la afirmación de Prevosti de que la historia agraria de los Países Catalanes en la Antigüedad es sobre todo arqueológica, por carencia de textos, comprenderemos las causas por las cuales existen tantas lagunas de conocimiento en determinados aspectos de aquel pasado. En este sentido, Prevosti alerta del riesgo que comporta intentar explicar lo que desconocemos, a base de proyectar sobre el ámbito catalán generalidades procedentes de textos romanos de agricultura.

Sabemos lo que sabemos por aportaciones empíricas que nos ha legado la arqueología. Conocemos trazados viarios por los que debían circular los mercaderes con productos del campo. Sabemos también bastante del sistema de ciudades en el sentido referido. Hemos podido reconstruir algunas centuriaciones. Los restos materiales nos dicen mucho del trabajo y el comercio. Y sabemos también, como dice Prevosti, que la romanización de estas regiones peninsulares no se emprendió en serio hasta el último cuarto del siglo II ANE.

El legado romano fue ciertamente decisivo en muchos aspectos, pero si nos atenemos al realismo crítico que se deriva de la voluntad de explicar este legado en sus cimientos, como hace Prevosti, deberemos concluir que no siempre conocemos con detalle los orígenes, es decir, las etapas formativas, de este legado. De ahí la prudencia con que nuestra autora se expresa, aunque, a efectos de minimizar la frustración, podríamos legítimamente concluir que aquello que se produjo en el campo itálico no tuvo por qué estar ausente de las provincias en las que la romanización enraizó con fuerza. Existe, por otra parte, un argumento que aportamos los medievalistas. Aquello que sucedió en el campo en Cataluña hasta el año 1000, y después (aspectos que conocemos bien, porque gozamos de un volumen de documentación casi sin precedentes en Europa) no surgió de la nada ni fue fruto de una aculturización procedente del exterior sino herencia de la romanización.

Dos citas de Rosario Navarro, coautora con Pere de Palol, de los capítulos sobre el Bajo Imperio y la época visigoda, resumen la poca aportación que dicho período hizo al futuro del campo catalán, aunque no podemos regatearle a la sociedad de esta época el mérito pasivo de haber actuado como una anilla más de una larga cadena que desde miles de años ANE hasta hace poco ha unido tantos aspectos de la vida agraria del país.

Una de estas referencias alude a la parquedad de los restos hallados. Navarro afirma que la arqueología de los siglos VI-VIII ha sido poco generosa, «hecho que dificulta cualquier intento de síntesis que se pretenda hacer de la historia agraria de esta época». La idea de la continuidad del utillaje del campo catalán merece de Palol la siguiente constatación: «No parece que la tecnología agraria del levante peninsular, desde el siglo V al VII haya mejorado mucho con respecto a los inicios de la romanización y prácticamente nada en relación con el Bajo Imperio». Por ello, aunque el autor analiza los distintos elementos del mundo agrario en aquellos siglos, no encontramos en esta parte del libro ninguna aportación nueva que se proyecte hacia el futuro con notable estabilidad.

En conclusión, éste es un gran libro. Su redacción ha supuesto un esfuerzo de síntesis que debemos considerar excepcional. Marca un antes y un después en la historiografía hispana. Es y será, suponemos que por mucho tiempo, una obra de referencia obligada.

Este libro no interesa sólo a prehistoriadores, arqueólogos o historiadores del mundo clásico. Es de lectura obligada para los medievalistas, que a menudo no tienen en cuenta lo que sucedió antes de lo que estudian, y ha de resultar también de gran utilidad para aquellos que investigan sobre las sociedades agrarias de la época moderna y contemporánea. Su lectura les ayudará mucho, aunque sólo sea para comprender mejor el mundo en que vivimos. Este es, pues, un gran libro de historia. De historia de todas las épocas.

JAUME SOBREQUÉS I CALLICÓ  
Universidad Autónoma de Barcelona

RAFAEL VALLEJO (ed.): *Los tributos de la tierra. Fiscalidad y agricultura en España (siglos XII-XX)*. Valencia, Publicaciones Universidad de Valencia, 2008).

*Los orígenes medievales* (Manuel Sánchez Martínez, Institución Milá y Fontanals, CSIC, Barcelona).

La parte de este libro concerniente a la época medieval se abre con un artículo de Antoni Furió (*Fiscalidad y agricultura en la Edad Media*) donde se hace un estado de la cuestión crítico sobre la historia del impuesto desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. El autor subraya la importancia del *tournant* marcado por las décadas de 1980 y sobre todo de 1990, cuando se empezaron a formar grupos de investigación en España